

el príncipe le dió libertad; entrególe todos los esclavos italianos y le volvió á enviar á su obispado colmado de beneficios.

Fácilmente se puede discurrir el gozo con que sería recibido. No hubo triunfo mas glorioso que la entrada de Paulino en la ciudad de Nola. Pero sobrevivió poco á su gloriosa vuelta, porque así los trabajos del cautiverio, como las apostólicas fatigas del obispado y sus continuas penitencias habian estragado mucho su preciosa salud. Sintióse acometido de un violento dolor de costado que no cedió á los mas eficaces remedios. Visitáronle tres dias antes de su muerte dos obispos vecinos suyos, Simaco y Acindino; mostró mucho consuelo con su venida; mandó poner un altar en su mismo cuarto, y asistido de los dos prelados celebró el santo sacrificio y reconcilió con la Iglesia á los que habia separado de su comunión. Pasó los dos dias siguientes con una serenidad de espíritu y con una paciencia admirable; solo abria la boca para bendecir á Dios, para darle gracias por los beneficios recibidos, y para exhortar á la virtud á todos los que le visitaban. Dijole el presbítero Postumino que todavía se debia algun dinero á los mercaderes que habian prestado el paño para vestir á los pobres; á que respondió sonriéndose: *Ya no tengo un cuarto; pero la divina Providencia no me dejará morir con trampas*; y un instante despues le entregaron un bolsillo que le enviaban un obispo de Lucania y cierto caballero, con lo que bastaba para satisfacer á todos sus acreedores. Rezó despues todo el oficio divino con los eclesiásticos que le acompañaban; y acabado, se quedó como en oracion, en la que se le oia derramar su corazon delante de Dios con sensible devocion. Algunos momentos antes de espirar tembló el cuarto y se estremeció la cama, y un instante despues entregó el alma á su Criador, el día 22 de junio de 431, á los setenta y cuatro años de su edad. Todos le lloraron igualmente; hasta los judíos y los gentiles mostraron públicamente su dolor. Fué enterrado en la iglesia que habia hecho edificar en honor de S. Felix, á quien siempre habia profesado muy particular devocion. Andando el tiempo fué trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de san Bartolomé, adonde acude el pueblo de tropel á venerarle, movido de los muchos milagros que obra el Señor por su intercesion. En sus epístolas y en sus poesías, cuya conservacion debemos al cuidado de su grande amigo S. Amante, obispo de Burdeos, se admira aun el día de hoy aquella elevacion de pensamientos, aquella elegancia de estilo, y aquella devota mocion que en parte formaban el carácter de este gran Santo.

Nos quedan de S. Paulino hasta cincuenta cartas sobre varios

puntos de fe y de costumbres, treinta y dos poemas, diez de ellos tratan de S. Felix, presbítero de Nola. Otras muchas obras escribió en prosa y en verso, el panegírico ó apología de Teodosio, una carta á su hermana sobre el desprecio del mundo, un tratado sobre la penitencia, otro en alabanza de todos los mártires, la pasion de S. Genesto de Arlés. S. Agustin hace memoria de una obra contra los paganos que estaba escribiendo S. Paulino.

SAN ACACIO Y HELIADES, CON LOS DIEZ MIL MÁRTIRES.

IMPERANDO en Roma Adriano y Antonio, se rebelaron contra el romano imperio los sarracenos y comarcanos del rio Eufrates. Tenian á la sazón los emperadores su asiento y trono en Alejandría de Armenia la Mayor, junto al rio Tigris, y enviaron contra los rebeldes nueve mil soldados por una parte, y por otra otro batallon de siete mil, de todos los cuales iba por general Acacio y maestre de campo Heliades. Luego que dieron vista al enemigo, reparando en que tenia un poderoso ejército de mas de cien mil hombres, temieron grandemente, y con afrenta volvieron las espaldas. Despues unos y otros se preguntaban cómo era posible que soldados del imperio romano hubiesen podido caer en tanta ignominia y afrenta, que vilmente hubiesen vuelto la espalda al enemigo, aunque tuviera un millon de gente? Y resolvieron entre si, que sin duda los dioses estaban indignados contra ellos, porque antes de dar vista al enemigo no les habian sacrificado. Conformes todos en este parecer, determinaron, con especialidad, sacrificarles un cabrito, con muchas ceremonias gentílicas, y asimismo ofrecieron grandes sacrificios á todos sus ídolos. Despues de esto vinieron otra vez sobre ellos los enemigos, y tuvieron mayor miedo que antes; y así huyeron con mayor afrenta y pérdida de su reputacion.

Estando de tal suceso afligidos, se les apareció un ángel en figura de un hermoso mancebo, y dijo: que supiesen y estuviesen ciertos de que los dioses de los gentiles eran demonios, y que habian huido dos veces porque les habian pedido favor; mas que si querian creer en Jesucristo, hijo de Dios y rey inmortal, alcanzarían victoria de sus enemigos; porque el mismo Dios pelearia por ellos. Todos entonces unánimes y conformes dijeron, que querian creer en Cristo; y el ángel se les desapareció. Al dia siguiente todo el ejército pidió favor y socorro á Cristo Señor nuestro, diciendo: *En ti, Señor Jesucristo, creemos y prometemos cumplir lo que tu ángel nos ha amonestado y descubierto*. Armados todos con esta breve oracion, y de gran con-

fianza, fueron contra sus enemigos; y el ángel se les apareció y puso delante, y los comenzó á guiar y esforzar; y luego hirieron con grande esfuerzo y valor á los bárbaros; y quitaron infinitas vidas, haciendo que los pocos que quisieron salvarlas huyesen ignominiosamente, y de estos pocos que huyeron los mas se abogaron en un lago. Habiendo conseguido tan señalada y célebre victoria, el mismo ángel llevó á los gloriosos vencedores al monte Ararat de Armenia, que fué el mismo donde paró el arca de Noé despues del diluvio, y de él hace mencion Jeremías en la vision contra Babilonia; y allí se puso en medio de ellos y los comenzó á instruir en la fe de Jesucristo, y luego los cielos se abrieron y visiblemente bajaron á ellos otros siete ángeles, los cuales dijeron: Bienaventurados sois, pues creisteis en Dios vivo: pasados tres dias sereis llevados á la presencia de las potestades del mundo: no tengais temor alguno, pues Dios os asiste.

Desaparecieron los ángeles; y los gloriosos mártires, fundados ya en el amor de Cristo, se estuvieron en oracion en aquel monte tres dias, sin comer ni beber cosa criada. A este tiempo los emperadores los esperaban para darles el premio y gracias del triunfo que habian alcanzado de sus enemigos; pero maravillados de ver su detencion, enviaron correos á saber cuál era la causa, y supieron como se habian vuelto cristianos; por lo cual escribieron luego á siete reyes, ó generales de aquella tierra, llamados Adriano, Tiberino, Sapor y otros tres Máximos, para que fuesen con grande ejército contra ellos y los castigasen; y si no querian adorar los idolos, les quitasen las vidas con toda crueldad y rigor. Los generales juntaron un grande ejército y fueron al monte Ararat, donde hallaron á Acacio y Heliades con sus nueve mil soldados puestos en oracion, y suplicando al Señor los hiciese dignos de ser sus mártires y testigos de como Cristo Jesus era Dios é Hijo de Dios verdadero; y luego con unos soldados les enviaron á decir viniesen adonde ellos estaban. Los esforzados y nuevos soldados de Jesucristo hicieron otra vez oracion al Señor, y se le encomendaron mucho, y los unos á los otros se confortaron, y á la misma hora tambien fueron consolados y confortados de una voz celestial; y con esto se partieron para donde los generales estaban. Luego que llegaron, Adriano les preguntó: que por qué despues que habian conseguido tan gran victoria, se habian vuelto al Nazareno crucificado, y no habian temido traspasar las leyes de los augustos emperadores? Acacio en nombre de todos respondió, y dijo la causa que habian tenido, y todo cuanto les habia sucedido, y

con voz alta y libre, predicó á Cristo por Señor de todas las cosas criadas en el universo, y todos los soldados añadieron que Cristo solo era el verdadero Dios, criador de cielo y tierra.

Entonces Adriano los amenazó, diciendo, que les haria dar todos los tormentos y penas que el Crucificado habia pasado, si no adoraban los idolos. Carcerio, que era el sargento mayor del ejército, respondió animoso y resuelto por todos, que ellos se tendrían por dichosos y bienaventurados, si merecian recibir semejante muerte y pasion, como la que recibió su Señor Jesucristo. Los del ejército gentilico, que así los oyeron hablar libremente, daban contra ellos muchas voces; y ellos mayores, confesando á Cristo por verdadero Dios. Los gentiles, encendidos en ira y furor, tomaron piedras contra ellos y los comenzaron á apedrear; mas por disposicion y voluntad de aquel soberano Señor que confesaban, las piedras se volvian contra los mismos que las tiraban, con que murieron muchos de los gentiles, sin que los gloriosos Santos recibiesen daño alguno. Viendo esto los generales, lo atribuyeron á arte mágica, y mandaron que con escorpiones de hierro los azotasen. Hirieronlos mucho tiempo, y como el tormento era tan cruel, uno de ellos de tierna edad, llamado Draconario, vino á desfallecer por la falta de la sangre; y así pidió consuelo á Acacio, el cual lo consoló y animó, y con grande eficacia (porque algun otro no desfalleciese) rogó al Señor que los librase de aquel tan cruel tormento; y al instante, penetrando su oracion los cielos, hubo gran terremoto, y tan espantoso, que los gentiles ni tuvieron mas ánimo para herirlos, ni pudieron, aunque quisieran; porque á los verdugos se les secaron en el mismo instante los brazos con que los azotaban. Viendo este tan gran milagro un maestre de campo que se llamaba Teodoro, que habia venido con el general Máximo y tenia debajo de sus banderas mil soldados, quedó admirado; y tocándole Dios el corazon, vino á creer en su divina Majestad, y con alta voz dijo: *Señor, Dios del cielo y de la tierra, que diste el favor de tu misericordia á los nueve mil soldados tus siervos, ten por bien de contarnos, aunque somos pecadores, en el número de tus mártires;* y en diciendo esto, se pasó á la parte de Acacio y sus compañeros, siguiéndole gozosos y alegres todos sus mil soldados. Máximo recibió tanto disgusto, que por vengarse, mandó llevar gran muchedumbre de clavos de tres puntas, que llaman abrojos, y que los sembrasen por el espacio de veinte estadios, que venian á hacer casi tres millas, ó una legua corta (porque cada estadio, segun Plinio y otros, constaba de ciento veinte y

tres pasos, ó seiscientos veinte y cinco pies, con que hacen los veinte estadios casi una legua); y que hiciesen andar sobre ellos á los santos mártires con los pies descalzos.

Los soldados gentiles lo hicieron así, pero Dios lo dispuso de otra suerte; pues envió sus soldados y santos ángeles, que iban delante de los santos mártires apartando los abrojos, y haciendo á una y otra parte montañas de ellos. Los generales juzgaban que aquellos ángeles eran sus falsos dioses; por lo cual aconsejaban con mas vehemencia á los Santos que adorasen los ídolos, pues usando los dioses con ellos de misericordia, los libraban del peligro y tormento de los abrojos. Poco aprovecharon estas persuasiones, pues todos los diez mil Santos á grandes voces decían, que solo el Crucificado era el verdadero Dios. Enojados los siete generales, mandaron que les diesen todos los tormentos que padeció el Crucificado. Al instante les pusieron en las cabezas coronas de espinas; les abrieron con lanzas los costados, y haciéndoles reverencias, los escarnecían, mofaban y herían, dándoles cruels bofetadas. Todo lo sufrían con gran constancia los invictísimos y esforzados caballeros de Cristo, y con su propia sangre tenían sus frentes por el bautismo, que no habían recibido. Hecho esto, los llevaron á crucificar, y en lugar del monte Calvario, porque fuese tambien en monte, los volvieron á subir al monte Ararat, y á la hora de tercia los crucificaron á todos.

El valeroso Acacio, estando enclavado en su cruz, á pedimento de Heliades, consolaba y esforzaba á todos sus diez mil gloriosos compañeros, viéndolos á todos en sus cruces, y les decía el simbolo de la fe, que es el Credo. Y porque la pasión y muerte de estos gloriosísimos mártires en todo fuese semejante á la del Señor, hubo milagros y cosas estrañas á la hora de su muerte; pues desde la hora de sexta hasta la de nona el sol se oscureció y hubo un gran terremoto; de tal suerte, que muchos edificios cayeron y muchísimas piedras muy grandes se desapegaban de los mas fuertes edificios, y cuantos lo veían quedaban asombrados. Los santos mártires, antes de espirar, rogaron al Señor: *Que todos los que los invocasen en cualquiera necesidad, alcanzasen el efecto de su petición; y que los que ayunasen su vigilia, consiguiesen un año de perdón y remision de las penas debidas por sus pecados;* y luego bajó de los cielos y se oyó una voz divina, que los convidaba y llamaba para el reino de los cielos, á gozar del eterno descanso, y les dijo: *Como su petición habia sido de Dios otorgada.* De allí á poco, siendo la hora de nona, rodeó todo el monte una grande y resplandeciente luz; y los gloriosos mártires, encomendando á grandes voces sus almas en las

manos del Señor, se las entregaron todas; y sus santísimos cuerpos fueron bajados de las cruces por manos de ángeles, y sepultados por los mismos en el mismo monte. Celébrase su fiesta y martirio, en unas partes á los 21 de junio, y en otras á los 22, que sin duda fué en uno de los dos dias, ó en ambos, por los años del Señor de 108.

La misa es en honor de S. Paulino, y la oracion la que sigue:

Concedenos, ó Dios omnipotente, que la venerable festividad de tu confesor y pontífice S. Paulino aumente en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salvacion eterna. Por vuestro Señor, etc.

La Epístola es del apóstol S. Pablo en el cap. 8 de la segunda á los Corintios.

Hermanos: Sabeis la libertad está pronta, es aceptada de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que con su pobreza fueseis vosotros ricos. Y en esto os doy consejo; porque esto es útil á vosotros, que desde el año pasado comenzasteis, no solamente á hacerlo, sino tambien á quererlo. Ahora, pues, perfeccionadlo con la obra; para que así como está pronto el ánimo á querer, de la misma manera lo esté para ejecutar segun vuestras fuerzas. Porque si la voluntad está pronta, es aceptada segun aquello que uno tiene; no segun aquello que no tiene. No, pues, para que otros vivan con comodidad, y vosotros con tribulacion; sino para que haya igualdad. Al presente vuestra abundancia suplía la indigencia de ellos, para que tambien su abundancia suplía á vuestra pobreza; para que haya igualdad, segun está escrito: El que tuvo mucho no (tuvo) supérfluo; y el que (tuvo) poco no careció de lo necesario.

REFLEXIONES.

Ya sabeis la misericordia que usó Jesucristo nuestro Señor, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros os hicieseis ricos por su pobreza. ¿Conócese bien esta insignia, esta inmensa, esta incomprendible misericordia que usó Jesucristo con nosotros? ¿conócese su grandeza, su excelencia y su valor? A fuerza de oír hablar desde la infancia del misterio inefable de la Encarnacion, de la vida y muerte de Jesucristo, se

acostumbran los oídos á estas voces, sin que hagan fuerza al corazón, porque no se para la consideración en lo que significan. Un Dios que se hace hombre sin dejar de ser Dios; un Dios que se abate á la humilde condición de los hombres para hacerse semejante á ellos, ¿pudo valerse de medio más sensible para obligarlos á amarle? Un Dios que se sujetó á experimentar todas nuestras enfermedades y miserias, salvo el pecado, para compadecerse de ellas, y por parecerse á nosotros; un Dios, soberano dueño del universo, que se hizo pobre por nosotros, á fin de que por su pobreza fuese la nuestra un perenne manantial de bienes, y mediante su gracia nos adquiriese una felicidad eterna; todo únicamente para demostrarnos, para hacernos ver lo mucho que nos ama. Sabemos todo esto; ¡y con todo eso no amamos á Jesucristo! ¿Qué pruebas damos de nuestra fe? ¿qué provecho sacamos de este conocimiento? Si un amigo vendiera todos sus bienes por satisfacer las deudas de otro amigo, ¡qué agradecimiento correspondería á una amistad tan generosa, de que hay bien pocos ejemplos! Que un S. Paulino se entregase á sí mismo por esclavo para rescatar una oveja suya, fué un exceso de caridad que está llenando de admiración á todo el mundo, y todavía se hace casi increíble. ¿Qué sería, dice S. Bernardo, si el hijo único de un poderoso monarca se quisiese entregar á la muerte por librar de ella á uno de sus vasallos? Este exceso de amor asombraría á todos; el mismo pasmo embargaría la voz á todos los espíritus. ¿Pero sería menor el pasmo, menor el asombro; menor la indignación, si el ingrato vasallo no mostrase más que un frío, un ligero reconocimiento á tan insigne bienhechor? ¿si fuese menester amenazarle con los más terribles tormentos, y con la muerte misma, para obligarle á respetar al príncipe, de quien había recibido tan inestimable beneficio? Ah, Señor, ¿y no hay sobrada razón para decir á la mayor parte de los cristianos: *Tu es ille vir?* Hizo Jesucristo por nosotros mucho más de lo que podíamos imaginar; ¿y acaso por eso es honrado, es servido y es amado? ¡Oh, y cuántos asuntos nos dan para grandes reflexiones nuestra conducta, nuestras máximas y nuestras costumbres, cuando las careamos con aquello mismo que creemos!

Bien sabes tú cuanta fué la bondad de nuestro Señor Jesucristo; no es menester que yo me valga de grandes discursos para obligarte á amar á tus hermanos, cuando te debe bastar y servir de ley el ejemplo de Jesucristo. Este Señor, que siendo rico según la naturaleza divina que estaba en él, y que por ella era no solo soberanamente feliz, sino la misma felicidad esencial,

dueño y árbitro de todo el universo, se hizo pobre por su encarnación, para que tú te hicieses rico por su pobreza; esto es, para adquirirme los tesoros de la gracia, de la justicia y de la vida eterna. Esta misericordia de Jesucristo debiera, sin duda, escitar nuestra caridad. Nunca empobrece á los ricos la limosna que hacen á los pobres; antes al contrario, si quieres asegurar por dilatados siglos las floridísimas herencias; si quieres como eternizar las alegres prosperidades; si quieres poner las más brillantes fortunas á cubierto de los reveses y de los contratiempos, derrama la limosna á manos llenas, y no solo estarán seguros tus bienes, sino que visiblemente se multiplicarán entre las manos de los pobres. Siempre se da á usura lo que se da á Dios: *Fæneratur Domino qui miseretur pauperis, et vicissitudinem suam reddet ei.* El que da limosna á los pobres, presta á Dios con interés, recibiendo con ganancias lo que le prestó.

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á los que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Hacedos bolsi-

llos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, donde no llega el ladrón, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

MEDITACION.

De la misericordia con los pobres.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la misericordia es una tierna compasión del alma á vista de las miserias y de las necesidades ajenas, con un vivo deseo de remediarlas. Un corazón duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasión una virtud connatural al hombre; apenas hay bárbaro que pueda mirar á sangre fría las lágrimas y el desconsuelo de otros; ninguna cosa hace más semejantes los hombres á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es más propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento ó precepto suyo muy particular, queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó los precisos títulos, por los cuales se nos había de conferir el reino de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres sea, por decirlo así, la me-

dida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial.* ¡A cuanta bondad, á cuanta compasion, á cuanta liberalidad nos obliga este precepto! Pero en medio de eso, ¿cuáles son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador que él mismo es el que nos pide limosna, que á él mismo se la damos: *mihi fecistis*: tiénesse por una figura retórica, que se lee ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos, donde todo le falta? ¿créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y mientras los regalos, la profanidad y los escesos te acortan los dias de la vida? ¿juzgas que fué efecto de la casualidad ó de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría, te hizo rico para que fueses padre; tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á estos, que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; mas con la precisa condicion de que has de proveer las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion, ni en la economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable obligacion y carga de cuidar de los infelices. ¿Pero se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡O buen Dios, cuantos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la misericordia con los pobres no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de esta. ¡Cosa estraña! Cada dia se están arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas superfluos gastos por el deseo de gloria, de sobresalir y de distinguirse. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en un instante; hácese grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en desprecio y en mucha burla del mismo que las dió. Por el contrario, ¿cuánto honor haria á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana? ¿qué accion mas gloriosa ni mas noble que sacar de la miseria, y arrancar como de

los brazos de la muerte a un número sin número de infelices? Y aun en máximas del mundo, ¿qué obra mas heroica ni mas magnífica que ser por tu liberalidad como un glorioso redentor de muchas familias honradas, á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á precipitar en la desesperacion, y tú las restituiste á la salvacion y á la vida? ¿No es mas glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que mantener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa ajena para ser mas disolutos?

Atribúyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, á mil casos que ciertamente no tuvieron parte en ella. La causa mas frecuente de esos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los intereses, y así no hay que estrañar que te haga perder el capital. No le das el fruto, y quitate el fondo: *Aliis locavit agricolis*. Si se ciega el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿quieres fijar la rueda de esa próspera fortuna? ¿quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿quieres que pase la abundancia á una dilatada série de descendientes tuyos? Pues sé rico en misericordia, sé liberal, sé magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prosperidades es la subsistencia de los pobres; sus bendiciones conjuran las tempestades; el bien que se hace á ellos interesa al mismo Dios; todo cuanto se da, se pone á lucro. No esperes que tu habilidad ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos esa rica hacienda; mas virtud, mas fuerza tiene la limosna que todas las criaturas ni todos los contratos. ¿Dónde hay gloria mas brillante ni mas sólida que la que produce la misericordia con los desdichados? Pon los ojos en S. Paulino. ¡Qué obispo mas caritativo! Su caridad le despojó de todos sus bienes, hasta de su misma libertad. ¡Pero qué gloria, qué consuelo el de este gran Santo por haber sacrificado cuanto tenia en alivio de los pobres!

¿Cuando ha de llegar el tiempo, divino Salvador mio, en que vuestro ejemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos! Mucha necesidad tengo de vuestra gracia; y así os la pido, Señor, y con ella aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son un manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS. — Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él, y le librará en el dia de su mayor tribulacion. (*Psalm. 40.*)

Alarga tu mano al pobre, para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciacion por tus pecados, y para que el Señor eche la bendicion sobre tus bienes. (*Eccli. 7.*)

PROPOSITOS.

1 Acuérdate de que no te hizo Dios rico para tí solo; dióte los bienes que posees para tí y para los pobres. Siendo padre de todos, ¿á qué fin te habia de conceder á tí tantas cosas superfluas, dejando á tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que á tí, ni tú le costaste mas que ellos; de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. No atribuyas á tu nacimiento, ni á tu industria, ni á tus méritos esa fortuna en que te ves elevado. *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieras recibido?* dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso; esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes; pero quiere al mismo tiempo que los pobres tengan tambien parte en ellos. No olvides, pues, esta obligacion de una caridad indispensable, y desde hoy mismo impone una ley de que no se te pase dia sin hacer alguna limosna á proporcion de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes, no harias demasiado, pues al fin es el primer Señor, y el soberano de todo. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impia! ¡Cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexion á lo que en un solo dia gastas en el juego, y consumes en tus diversiones, considerando que bastaria eso solo para sacar de miseria á un gran número de infelices.

2 No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes, aunque lo hicieron muchos Santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro; heroismo de caridad que todos admiramos en S. Paulino. Pídetes que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia, antes bien enriquecerán no solo á los pobres, sino á tus mismos herederos. En fin, rescata tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustín, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de ellos; susténtale y vístete en la persona de un pobre.